

RELATOS

EUTRAPELICOS

Por ELOY SORIANO. Phro.

JETTATURA

EN mi adolescencia sentí una poderosa inclinación a las siguientes profesiones: *astrónomo, filósofo y maquinista del tren*. Esta última confieso que aún sigue atrayéndome, no obstante el respetable número de años que cuento y lo no menos respetable de mi condición eclesiástica. Declararé en seguida cómo se malograron mis ilusiones por las otras dos.

Nacida mi efímera vocación de astrónomo en la lectura de algunas obras de Camilo Flammarión, especialmente su novela «Urania», imaginaba yo que todo el «quid» de esa maravillosa ciencia estaba en encaramarse a la azotea de mi casa al caer la tarde, provisto de un primitivo telescopio de mi invención—un largo canuto de caña rematado en una lente—, a través del cual procuraba sorprender los insinuantes y policromos «guiños» de Venus y la trémula aparición en la tan cacareada «bóveda celeste» de miradas de estrellas, tímidas como doncellitas pudibundas, y luego seguir el enigmático contorno de varias constelaciones a mi alcance; y cuando cerraba la noche, mi entusiasmo llegaba al paroxismo a medida que mi elemental «telescopio» iba penetrando el fondo inmenso de la fulgente polvareda cósmica que llamamos Via Láctea, en mi afán calenturiento de descubrir la situación de «Sirio» y otros imponentes «jefazos» del mundo sidéreo.

Pero cuando me explicó mi padre que para sacar adelante tan loable propósito eran baldíos mi canuto de caña, y aun otros instrumentos más perfeccionados, si no empezaba por atiborrarme de una pavorosa cantidad de matemáticas, se me enfrió vergonzosamente mi entusiasmo «ultraterreno» y no me consideré capaz, en este aspecto, de otra cosa que contentarme con la mera contemplación estética de «ese

cielo azul que todos vemos»—que parece ser que no «es cielo ni es azul», según dijo el poeta, Y desisti noblemente de mi empeño.

Años más tarde, no es vanidad decir que logré apreciables progresos en el campo de la Filosofía; los cuales me estimularon a perseverar en el ejercicio de tan elevada y vetusta «tarea» del humano entendimiento... Bien es verdad que nunca me abandonó cierta larvada sospecha de que esa ciencia, llamémosle así, era extraordinariamente «proclive» a *pernoctar en el absurdo*, y el más usadero camino hacia un manicomio o casa de salud por el estilo... De todos modos, mi aprovechamiento en ella (en la Filosofía) fué de tal entidad que, al cabo de algún tiempo, me consideré autorizado para codearme, sino con filósofos de primera magnitud (huelgan nombres), con los de la clase media, al menos; por lo que, a esta altura, me di, como mero ensayista, a transcendentales elucubraciones por escrito y a divulgar de palabra ante nutridos auditorios, de semianalfabetos en su mayoría, *los principios conductores*—«dignidades», que diría Santo Tomás—del pensamiento humano.

Pero llegó un día en que observé que los escasos lectores de mis sustanciosos escritos se «producían» en mi presencia de un modo sospechoso. Se limitaban a unas sonrisitas sutiles y desvaídas con cierto aire de conmisericordia, como reprochándome mi osadía al aventurarme en semejantes trotes. Y pude darme cuenta, por otra parte, de que los habituales asistentes a mis conferencias salían del local donde yo peroraba con una expresión en el rostro más estúpida que la que trajeron al entrar.

Siguieron unos años de discreta inactividad y ya en plena edad viril, en otra localidad de la provincia, reanudé mis antiguos menesteres filosóficos. Y como la mentada localidad tenía unos núcleos socialistas bastante bien encuadrados políticamente, me pareció oportuno abordar en mis conferencias algunos problemas candentes de economía política (creo haber aludido a esto); por ejemplo, bienes económicos, el valor, la mercancía, el trabajo, salario, etc. Examinaba estas cuestiones objetivamente, como ahora se dice, en el plano sereno de las ideas, sobre el famoso libro de Carlos Marx «Das Kapital». Su título primitivo fué «Der Kapitalisten», que no es lo mismo.

Armado de tiza, frente a una gran pizarra, iba yo analizando, matemática y estadísticamente, los principios en que el filósofo hegeliano pretende asentar su doctrina social-económica. Procuraba poner de manifiesto sus errores de cálculo y perspectiva, o bien, lo falso y sofis-

tico de las consecuencias que derivaba arbitrariamente y «a parti pris» de hechos científicamente exactos. Y a esto me limitaba cada noche: sin alardes oratorios ni gestos apocalípticos, ni llamar «judío», ni otras lindezas, al autor del célebre libro.

La concurrencia crecía en cada sesión y no era difícil descubrir el vivo interés que, entre los trabajadores sobre todo, iban despertando cuestiones y problemas de los que antes apenas tenían otra noticia que los latiguillos altisonantes y feroces del «mitin» en los centros societarios o los «adobados» párrafos de la prensa de combate.

Pero, como decía don Francisco de Quevedo, «mis ilusiones y el vino son aguados dondequiera»... Aquella mañana, al salir de la iglesia, me aborció el alcalde... Se enredaba en circunloquios...

—Desearía hablarle... Vamos..., algo... tal vez enojoso...

—Diga, diga, señor alcalde—le animé yo—. Con toda libertad... ¿de qué se trata?

—Pues, verá usted... Me comunican de Badajoz que esta noche pasará por aquí, viaje de propaganda política, el señor Largo Caballero. Parece—como se desprende de este oficio—que se propone dar un mitin, o cosa parecida, inmediatamente a su llegada..., y como esta noche también le responde a usted su conferencia..., pues... pues...

—Vamos a ver..., ¿a qué hora calcula que podrá llegar el señor Largo Caballero?

—Probablemente hacia las diez..., después de cenar—aventuró el alcalde.

Entonces, señor alcalde, no hay colisión con mi conferencia, que siempre, como usted sabe, tiene lugar a primera hora de la noche: y aun podría adelantarse, si le parece.

Como de costumbre, a las ocho en punto inicié mi conferencia y, no obstante los desanimadores presagios del alcalde, tuve la grata impresión de encontrarme el local literalmente repleto... Todo se deslizó viento en popa...

A las diez en punto de aquella noche aparecía el señor Largo Caballero en un balcón de la plaza, toda llena de luna: la mejor «luminotecnia», como se dice ahora, «pues la «municipal» era apenas un imperceptible reflejo melancólico. Los dirigentes de la Casa del Pueblo estimaron que tratándose de una figura de tanto relieve en el partido como el señor Largo Caballero, los amplios locales de la Sociedad «a todas luces» resultarían insuficientes para cobijar la muchedumbre de «correligionarios» que acudirían a escucharle. Y así, decidieron que

el destacado «prohombre socialista» perorase «sub dio», es decir, «al aire libre».

Yo que, recatadamente, desde la casa del secretario del Ayuntamiento, asistía también al «nocturno comicio», quedé verdaderamente consternado. Ante el balcón donde, cenceño, elegante y un poco calvo, se erguía el «leader» socialista, comparecieron dos docenas escasas de ciudadanos, cuyo grupo a poco iba aclarándose de un modo alarmante.

El señor Largo Caballero, visiblemente desconcertado, instrumentó para salir del paso una especie de elogio vergonzante a la Dictadura del general Primo de Rivera, vigente a la sazón... Y ya que —decía el orador entre otras cosas— el armadijo de los viejos partidos y oligarquías políticas quedaba prácticamente deshecho, a los socialistas se les ofrecía una oportunidad de proselitismo bastante prometedora... El, por tanto, aconsejaba a la «masa trabajadora» que discretamente colaborase con «la situación presente» en todo aquello que no se opusiese al «credo marxista» y redundase en ventajas para el «logro de las metas decisivas»...

Se supo al otro día que el señor Largo Caballero abandonó el «balcón tribunicio» hecho un energúmeno, y reprochó a la Casa del Pueblo que no hubiese previsto el «bochornoso fracaso», exigiendo que, costase lo que costase, lo desplazasen al punto a Badajoz.

Parece ser que en la capital echó también los pies por alto, afirmando que era intolerable lo ocurrido en aquel pueblo de probado abolengo democrático, ahora dominado por la «reacción».

Ni que decir tiene que, sin comerlo ni beberlo, me enajené la simpatía de mi antiguo auditorio; pues se me atribuyeron maquiavélicas y subterráneas intervenciones en el episodio de aquella noche; y, por otro lado, tampoco parecía haber hecho «mucho gracia», contra lo que yo imaginaba, en otros «estamentos»... Después de todo, el excelentísimo señor don Francisco Largo Caballero era entonces Consejero de Estado, y yo, modesto coadjutor de una parroquia de entrada...

En presencia de tales reveses, y en mi afán absorbente de perpetuar mi nombre por los siglos de los siglos, pensé que tal vez la poesía y el humorismo lograsen sacarme del anonimato. Y me puse a hacer versos de todos los calibres, amparándome de todas las escuelas conocidas: clásicos, simbolistas, cubistas, dadaístas, abstractos, surrealistas, etc., versos que hacía insertar en revistillas vergonzantes de modestísima circulación. Nunca supe a ciencia cierta si alguien los leía. Por conjeturas más o menos fundadas adquirí el amargo convencimiento de que se les daba la misma importancia que a las «Coplas de Calaino».

Corté entonces por lo sano, iniciando un largo paréntesis, o letargo—digamos, poético—, que se prolongó hasta nuestros días.

No fueron menos lamentables mis pródromos como humorista.

Tuve cierta vez la malhadada inspiración de escribir un cuento, con el que imaginé emularía al mismísimo don Miguel de Cervantes Saavedra (entre paréntesis, *el mejor cuentista del mundo*); y, si la Divina Providencia no me depara su oportuno auxilio, la cosa hubiera terminado en una verdadera catástrofe. Porque ocurrió que, cuando más ajeno me encontraba a lo que podría derivarse del mentado cuento, una desapacible noche de aquel invierno y a hora muy intempestiva en una localidad de apenas seiscientos vecinos, irrumpe en mi modesto albergue un señor de envidiable posición social, y bastante bruto; el cual, en términos destemplados, me preguntó «si yo no conocía a su hija»...

—No tengo ese gusto, señor...

—Pues, miente usted!—profirió en una especie de berrido; porque precisamente la heroína de ese «cuentucho» que usted ha escrito se parece a mi hija como una manzana a otra manzana... Hizo una pausa para respirar, y añadió, medio congestionado:

—Comprenderá que por su causa queda mi hija en entredicho en el pueblo... ¡Sí, señor, «en entredicho!»—Y recalaba la frase como un afortunado acierto de expresión—. En el primer momento pensé abrirle a usted la cabeza sin más trámites. Ahora bien, yo soy un caballero de arriba abajo... ¿se entera usted?... ¡Un caballero, sí, señor!...y, como tal, me parece indigno solventar ciertas cuestiones... ¡cuestiones de honor! ¿se entera usted?, por procedimientos rufianescos.

Aproveché otra pausa en su desaforada perorata para inquirir mesuradamente:

—Entonces...¿qué es lo que pretende?

—¡Hombre...me gusta la pregunta!... ¡Qué cinismo!—y lanzó una carcajada casi tabernaria.—¡Tiene gracia!... Sacó un enorme pañuelo para secarse el rostro bañado en sudor... —Pues pretendo, nada más ni nada menos, enviar a usted mis padrinos mañana, a primera hora... Estos asuntos tienen que ventilarse sobre el terreno del honor.

Alegué al punto mi condición de eclesiástico. Y añadí, con gran comedimiento:

—Aparte de que, como Sancho Panza dijo en trance parecido, «yo no era hombre de matar ni de ser muerto», el Derecho Canónico fulmina una terrible «excomunión» contra los duelistas, privando, por lo pronto, al que sucumbiese en tan nefando lance de sepultura eclesiástica...El era muy dueño—proseguí—de abrirme la cabeza, si así le pla-

cia, pero debía saber que «ipso facto» quedaba «incurso» en la conocida «censura» contra los que quebrantan el privilegio del «fuero»; o sea, quienes, «suadente diávolo», profanan con «violentas manos» la integridad personal de cualquier sujeto ordenado «in sacris».

El caballero repuso airadamente que no entendía de «latinajos»; que era hombre moderno y liberal, como lo fueron su padre y su abuelo, militando en el viejo partido del señor Montero Ríos, ahora acaudillado por su yerno don Manuel García Prieto, de quien él era en la localidad el representante político, como yo debía saber. Y remarcó esto último intencionadamente.

—Y, «en consecuencia»—prosiguió—, me importan tres pepinos todas esas zarandajas de excomuniones y demás «trucos» de ustedes, los «carcundas», «neos», ultramontan os» que...

Le acometió una tos convulsiva, cortándole aquella letania de epítetos anticlericales.

Y aquí terció la Divina Providencia valiéndose de unos inocentes novios. Veamos cómo,

Moraban estos en la campiña y, habiendo perdido el coche de línea que aquella tarde debía desplazarlos al pueblo, se vieron obligados a comparecer a hora tan desusada en mi despacho para «tomarse los dichos», o «darse el sí». Además de los respectivos padres, tuve la buena fortuna de que les acompañasen, en calidad de «testigos», unos respetables y discretos señores, amigos míos, y también del ofendido «progenitor» de mi supuesta heroína.

Terminadas las diligencias matrimoniales y retirados los novios y sus padres, con el aliciente de fumar un cigarrillo y tomar la copita del aperitivo, conseguí que los mentados señores y el caballero de «marrras» se quedasen unos momentos... Sin más ni más, y a «quemarro-pa», presenté la enojosa cuestión del «desafío»...

Excuso decir que, tras una animada controversia previa, el asunto quedó satisfactoriamente zanjado «por vías pacíficas».



Nocturno

*Eres traviesa cuando estoy contigo;
Me miras, me remiras y me besas
Sin saciedad esos ojos burlones,
¿No sabes ya mirarme con reserva?
Ya no eres niña, sabes que en tus ojos
El alma virgen para amar se entrega,
Yo la he visto asomar a tu mirar
Y he sufrido por ella,
Porque el amor es girónar la vida
En un abrazo atado a una promesa.*

*Hoy es la noche clara como un beso:
Lo da el Cielo a la Tierra.
Esta noche es misterio de palabra,
Juramentos de amor cabe las rejas.
Esta noche... es un crimen;
Lo pone en un abrazo esa Luna de arena,
Portadora de zambras musulmanas
En un rasqueo de guitarra vieja.
Esa luna enloquece; vió en la Alhambra
Amarse en los harenes, sultanes y princesas.
Me da miedo la Luna; de blanca me envenena,*

*Tú sabes que es amar, lo has aprendido
En el silencio de tus horas muertas,
Transidas de cariño
Y de nostalgias ebrias.*